

1º Mi comunicación en esta asamblea puede tener un doble desarrollo: dar ideas o presentar vivencias.

Indiscutiblemente es verdad que todo el quehacer humano se mueve motivado por "su inteligencia" y "como creyente por la fe cristiana".

He creído, por tanto, conveniente, abriros un abanico de motivaciones y de vivencias que vienen configurando mi vida.

Todos somos conscientes que nuestro compromiso comienza con el Bautismo, si bien cada uno descubrimos esta realidad y la asumimos en las diferentes etapas de nuestras vidas.

El proceso de mi maduración en la fe ha pasado por etapas muy diferentes, pero hay una encrucijada semejante a la cuarta estación del Via crucis en que yo descubrí con claridad y firmeza el compromiso de todo bautizado: fue la muerte de mi madre y el ingreso en esta Escuela "Salus Infirmorum".

Inicié con firmeza un itinerario de maduración en la fe, convencida de lo que con toda nitidez nos habla el Mensaje de los padres Sinodiales, a los laicos: "El bautizado es incorporado a Cristo y a la Comunidad Eclesial y está llamado a la santidad".

Por el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, el cristiano se compromete:

- al seguimiento de Cristo
- y a ~~los~~ testimonios de El: en su vida y, sobre todo, en su profesión.

Para desarrollar este compromiso en nuestro quehacer diario, y en nuestra profesión, juegan papel importante los dones del Espíritu Santo que Dios da a los individuos para el BIEN DE TODOS.

Dios compromete la propia existencia; si nuestra vida está en función de El, nos veremos comprometidos a actuar de forma muy diferente a lo que hoy nos están ofreciendo. Nuestros actos son los que darán testimonio en nuestro ambiente, en nuestro trabajo.

La puntualidad (pensando en el compañero), el dominio de sí mismo ante las dificultades del día, un vaso de agua dado con tanto amor pues

"se recompensará", etc., etc.

Hablarán por sí solos de nuestro compromiso y darán a conocer a Dios "por quien nos movemos".

Por un lado todo esto es muy personal; la oración, sobre todo nos ayudará, pues nos dará fuerzas; pero debemos tener en cuenta y no olvidar que, a veces, nos sentimos solos y necesitamos estímulo de otros.

Creo son necesarias organizaciones como Salus Infirmorum, que nos ayuden a descubrir nuestro compromiso, que nos den una formación y, junto con nuestro esfuerzo personal, llegar a explotar los talentos en beneficio de todos.

Tengo muy claro que todos formamos el Pueblo de Dios con derechos y deberes específicos; pero con dedicaciones y servicios diferentes.

El derecho de los cristianos laicos en la Iglesia radica en trabajar en la construcción de un mundo nuevo y, según el Vaticano II, en participar ampliamente en la vida de la Iglesia y en su acción en el mundo.

En concreto, mirando en este año Mariano a la Virgen invocada por no sotros como Salud de los Enfermos, vemos en Ella el arquetipo de la digni dad femenina y el ejemplo inigualable en la participación en la obra de la salvación.

Ella ejerció su ministerio Eclesial en el silencio de Nazaret, en la pobreza de Belén, en la atención con su prima Isabel, en la entereza de la Cruz, en el acunamiento de la Iglesia del Cenáculo que, con los Apóstoles, daba los primeros pasos. Ella, que nos precede en la ruta, es guía y ejemplo.

Los profesionales de la Sanidad que hemos sido bautizados, tenemos, como María, el reto y la oportunidad admirable de despertar y potenciar el carisma de un valioso ministerio Eclesial que puede estar marginado y sin encauzar.

Se trata de potenciar el misterio Eclesial del enfermo.

En esa línea, el Papa Juan Pablo II habla del valor que tiene la en fermedad; porque incorpora al misterio redentor de Jesús Crucificado.

El sentirnos responsables como Iglesia nos hará utilizar los vehículos adecuados para trabajar en la asistencia y cura de los enfermos, en el campo de la investigación, en la Educación Sanitaria.

Los descubrimientos y beneficios producidos por la ciencia y por la técnica interpela a la fe, y a la moral cristiana. Nosotros tenemos que hacer lo posible, con el fin de que la fe, la moral, la ciencia, la técnica en su aplicación, no entren en conflicto, sino que juntos cooperen al servicio del hombre en sus valores fundamentales.

Y cabe preguntar ¿Cómo realizar y de dónde sacar fuerzas para esta importantísima tarea?

El mensaje de los Obispos en el reciente Sínodo de los laicos es muy clarificador y ofrece pistas.

Los laicos miembros vivos nos nutrimos por la Palabra de Dios y los Sacramentos; aprendemos a conocer los dones espirituales con la ayuda de los pastores; ellos nos hacen posible el verdadero discernimiento de esos dones que nos enriquecen y nos hacen testigos y artífices del bien de la comunidad Eclesial.

El laico sanitario desarrollado como testimonio cristiano, se puede traducir como un apostulado Ecuménico válido.

En cuanto al hombre independiente de su raza, cultura, ideología, la religión no deja de buscar una relación de confianza con quien es capaz de unir profesión y misión de servicio de la vida, valor primario universal.

Debemos hoy, con mayor fuerza, impregnar estas realidades con el Espíritu de Cristo, y así santificar el mundo y colaborar en la realización del Reino.